



Recensión

Método y razón práctica en la ética biomédica

Óscar Vergara Lacalle

Comares

2014, 157 pp.

ISBN: 978-84-9045-690-3



Siempre es bienvenido un libro de fundamentación en bioética y más si nos saca de las aguas conocidas del principialismo y nos invita a ampliar horizontes. En castellano ya contábamos con dos buenas introducciones. Una, la de Jorge Ferrer y Juan Carlos Álvarez, *Para fundamentar la bioética* (Universidad P. Comillas, 2003) y otra de Ferrer, Lecaros y Molins, *Bioética: el pluralismo de la fundamentación* (Universidad P. Comillas, 2016) que se ven enriquecidas con estas páginas.

El libro que presentamos supone una cala de profundidad y una bocanada de aire fresco en un tema esencial de la bioética como es la racionalidad práctica, el método y la prudencia. El profesor Vergara no se limita a exponer las posturas, sino, lo que lo hace más sugerente, es que invita a confrontarse con ellas y analizarlas críticamente. Las páginas dedicadas al diálogo, debate y crítica son más que las dedicadas a la mera descripción de los diversos métodos y planteamientos.

El libro se estructura en cinco capítulos. En los cuatro primeros aborda los temas del método y la razón práctica en el principialismo, el casuismo, la hermenéutica y la ética narrativa. Es un acierto la selección de estos cuatro modelos de fundamentación y el orden con que los presenta. Con maestría y sutileza va urdiendo la trama de fondo que culmina en el último capítulo dedicado a la razón práctica y la razón prudencial.

El principialismo es presentado correctamente para centrarse en el tema de la especificación de los principios y el equilibrio reflexivo con una mirada necesariamente crítica. Son muy sugerentes al final del capítulo sus reflexiones de los principios como manifestaciones del principio de justicia y las limitaciones del principialismo como sistema (solapamiento y conflicto de principios, necesidad de premisas morales adicionales, excepciones, posibilidad de otros principios, etc.).

En el segundo capítulo analiza el casuismo y la recuperación en la bioética actual, sobre todo por Jonsen y Toulmin. La fuente de la racionalidad práctica está en los casos concretos. Su presupuesto es que es posible llegar a acuerdos racionales concretos sobre los casos particulares. La racionalidad práctica no está tanto en unas normas y principios cuanto esa percepción compartida de lo que nos jugamos en los diferentes tipos de situaciones humanas. Los precedentes, los casos semejantes, los casos paradigmáticos, la comparación, la clasificación dentro de una taxonomía, la analogía, la valoración y ponderación son actividades esenciales a la hora de decidir. Los casos semejantes y pasados nos ayudan a ordenar y comprender el caso presente por muy nuevo que sea y proyectar el futuro y ver posibilidades. Muy sugerentes son los párrafos dedicados a reivindicar en este contexto la memoria como modo de ordenar el porvenir (pp. 39-40) y la respuesta a algunas críticas al casuismo (pp. 40-42).



Lo que el casuismo ha reivindicado ha sido el valor de las circunstancias, de lo que rodea, que no es algo periférico sino el corazón del caso junto con una serie de máximas o fundamentos que justifican la pretensión desde las circunstancias y revelan la gramática profunda de estos lugares comunes (tópicos). La clave, como bien describe Jonsen, es un ajuste adecuado entre máximas y circunstancias, sopesando y ponderando razones de modo prudente sobre una determinada concepción de bien, sobre una moral de fondo. Esto da al casuismo una tonalidad histórica y contextual que el autor del libro reconoce, pero que cree que se puede superar (por la complementariedad con los principios, por la proyección hacia el futuro, etc.).

El capítulo tres analiza la hermenéutica actual. Heidegger señala que el ser humano es su pasado, un pasado que le toma y se le anticipa en cada acto de comprensión. Gadamer señaló esa anticipación de sentido (precomprensión) que orienta toda comprensión humana no es algo subjetivo sino algo estructural y ontológico pues estamos determinados desde la comunidad que nos une con la tradición. La historia y la tradición son soporte, herencia, mediación, marco, fuente de racionalidad y transformación, de capacitación y mejora humana. La tradición tiene una dimensión fundamentalmente positiva pues capacita para comprender, para abrirse a acuerdos con otros (intersubjetividad socialidad) y dialogar *ad intra* y *ad extra* de la propia tradición (interculturalidad). El libro analiza la influencia de esta corriente de pensamiento en la bioética pues todo paciente es como un texto que tiene que ser comprendido por el médico. Pero el médico también es otro texto, otro sujeto histórico con su contexto histórico (especialidad, familia, grupo social, institución, tipo de trabajo, creencias, etc.) y entre ambos hay una "distancia" que tiene que superarse para comprenderse mutuamente, como afirma Thomasma. La hermenéutica nos sensibiliza a los diversos contextos, a las diversas voces, diversas precomprensiones e invita a la escucha y al diálogo. Pero el diálogo no se puede quedar en la mera empatía, escucha, comprensión de la pluralidad, conciencia de los prejuicios y precomprensiones. El diálogo no es una simple presentación respetuosa de sentimientos, experiencias, vivencias, emociones, opiniones o deseos. El ser humano está abierto a la verdad, referido a la verdad en su esfuerzo por comprender.

El cuarto capítulo entra a fondo en la ética narrativa o la bioética narrativa siguiendo el énfasis del casuismo en la racionalidad de lo particular y el subrayado de la hermenéutica en la racionalidad de la tradición y de la historia. Esta dimensión narrativa tiene muchos planos. Las palabras y los conceptos tienen una historia, los argumentos tienen una historia, las acciones se describen narrativamente, las sociedades y comunidades tienen una historia y cada uno de nosotros somos una historia, una narración, un relato. Las historias y narraciones son un elemento esencial en la bioética y práctica clínica. Nos movemos entre historias de médicos, enfermeras, pacientes, familiares, gerentes, capellanes, etc., además de las historias clínicas. Nos situamos dentro de historias familiares, profesionales, de hospitales, de ministerios, de regiones y naciones, de asociaciones con creencias y valores, de escuelas y universidades. Pero toda historia no solo no presenta asépticamente los hechos, sino ofrece una interpretación y los coloca dentro de una trama o argumento. No hay hechos puros, no hay tramas asépticas. Hay siempre una dimensión retórica en la narrativa, una dimensión de persuasión, una presentación eficaz, habilidosa e inteligente de los hechos y argumentos para poder justificar una afirmación. El problema es que vivimos en una sociedad pluralista y emotivista donde concurren en la arena pública muchos relatos, muchos puntos de vida. Las narraciones así entendidas hacen difícil un relato compartido, un relato autoritativo. El relato del médico se pone al lado del relato del paciente. No hay relatos mejores, no hay perspectivas mejores, no hay opiniones mejores. Hay una cierta igualación y democratización de las perspectivas y contextos. El profesor Vergara aborda este tema y la limitación de las soluciones que plantean Brody y Domingo-Feito a este problema.

Aquí es donde el autor nos recuerda una cuestión básica que la ética de las virtudes plantea: el carácter revela la elección. La descripción del personaje en la novela va modulando (sin determinar completamente) las decisiones. El carácter moral tiene la capacidad de ir moderando los factores que dependen más de la biología



(edad, algunas pasiones, la fortuna). Las virtudes van conformando al sujeto moral. Las virtudes hacen énfasis en la formación y conformación del sujeto frente a una gran mayoría de planteamientos y fundamentaciones centrados en la decisión. Hay que tener en cuenta el carácter. Las narraciones nacen de un determinado contexto y expresan nuestro carácter moral. Por eso es fundamental plantearse como señalan MacIntyre y Hauerwas qué tipo de persona origina cada relato, qué tipo de carácter configura, qué tipo de caminos de excelencia y mejora va marcando, qué tipo de sociedad va configurando (pues una sociedad se puede retratar fácilmente con dos o tres tipos de personajes). No todos los personajes en una novela, en una película, en una historia y en una tradición son iguales desde un punto de vista moral. Las narraciones encarnan modos de vida buenos, ambiguos y malos. Hay un valor ejemplar en las narrativas, de determinadas vidas, de excelencia, de invitación a la mejora, al cultivo, a la lucha por lo bueno y lo mejor. Por eso no todas las narrativas son iguales desde el punto de vista moral. La mera narración y descripción no es suficiente. Es importante saber a dónde apunta, a dónde nos lleva, qué tipo de personas y vinculaciones conlleva para la comunidad y la sociedad, qué precomprensión la sostiene, qué valores urden la trama, si son historias que son ejemplares que alientan a todos o de villanos que nos destrozan, etc.

El último capítulo recoge las aguas caudalosas de las cuatro grandes corrientes de pensamiento analizadas en los capítulos anteriores a la luz de un tema que es fundante: las limitaciones del método en la decisión y la necesidad de la prudencia en la ética biomédica. Es muy sugerente el recorrido que hace del tratamiento de la razón prudencial en el principialismo y el casuismo, en la ética deliberativa de Diego Gracia, en Ricoeur y la ética de las virtudes de Pellegrino y Thomasma. Aquí es donde reivindica una razón práctica y prudencial amplia y sistemática como la de Aristóteles y no visiones sesgadas o incompletas de la razón práctica. Ningún método suple a la razón prudencial que opera con bienes, con virtudes, en prácticas y tradiciones morales. La razón práctica prudencial va más allá de una conclusión lógica, de un silogismo, de una determinación causal, de una aplicación, de una producción, de una técnica. Es un saber experiencial, una sabiduría práctica, un saber “ver” orientado y disponiéndose hacia el bien, lo bueno y lo mejor en una situación concreta, en unas circunstancias concretas y orientado y determinado hacia ideales, hacia la verdad.

El libro es una gran aportación que merece ser pensada. Es sistemático, claro, avanza lenta y seriamente, es lógico en la argumentación, elige bien los temas y los autores con los que se confronta, critica y asume a la vez cada tradición y apuesta por una visión sistemática y amplia de la razón práctica prudencial de la mano del Estagirita. Supone poner por encima al sujeto prudente sobre el método sin ir contra el método, ni contra los principios, ni contra las máximas, ni contra el valor de los contextos y de la historia. Y esto lo hace de manera breve, pues el libro, lo cual agradecen los bosques de este planeta, tiene tan solo 157 páginas. Con método y más allá del método, el libro vuelve a poner de manifiesto, como lo ha hecho también en el número anterior de la colección de Comares (el libro de Pablo Requena), el valor de la prudencia. Sin duda ambos libros, uno más práctico y otro más de fundamentación son un buen complemento para mirar más allá, más hondo en estas aguas de la bioética.

Enhorabuena al profesor Vergara por su trabajo y por ayudarnos a leer con mayor profundidad estas cuatro corrientes de pensamiento de la bioética y enseñarnos a ver bien las limitaciones del método y la necesidad del cultivo de una razón prudente en la bioética y en la vida práctica.

Javier de la Torre

Director de la Revista Iberoamericana de Bioética